

# LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó en Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

**SUMARIO.** = *Revista de Cádiz*, por D. Francisco Flores Arenas. = *A Fray Genialidades. Carta ó lo que sea*, por D. Zacarías Cásaval. = *Poesía*, por D. Adolfo de Castro. = *La emigración á América*, por D. Evaristo Escalera. = *Geroglífico*.

## REVISTA DE CADIZ.

Antes de principiar esta reseña debemos aquí consignar un testimonio de nuestra sincera gratitud á nuestro especialísimo y distinguido amigo el Sr. D. Adolfo de Castro, quien con palabras de la mas indulgente benevolencia y de la mas esquisita galantería, se ha servido en la anterior revista honrar nuestra humilde persona con elogios, que pudieran envanecernos por salir de tan autorizados labios, á no considerar que esos mismos labios son además los de uno de nuestros mas estrechos y mas leales amigos. Su pluma, por efecto de una modestia que tan bien sienta al talento y al saber, ha sido ahora hasta injusta consigo misma en la comparacion que con la nuestra establece: á dicha esta justicia se la ha hecho ya España entera, dándole en sus juveniles años un renombre que rara vez alcanza el estudio en la edad de las canas y de la experiencia.

Sirva lo dicho de proemio, y entremos en materia.

Lo mas notable, lo mas *palpitante* que ha ocurrido en los pasados dias ha sido la excursion de ida y vuelta hecha el Domingo anterior por el gran tren de la via ferrea que ha de unir á Cádiz con Sevilla; viage redondo que con intermedios de masticación tuvo lugar desde las siete de la mañana hasta las ocho y media de la noche. No hay que decir que el dia debió ser muy agradable, como rodeado que estuvo de una aureola de solomillos y de discursos, de brindis y de Champaña *frapé*, de tiernísimos espectáculos y de *belzues á la Peruzzi*: un dia que se pasa corriendo y mascando, mascando y corriendo, ya se comprende que no puede pasarse sino muy bien.

Nuestros lectores esperan sin duda que, segun

SETIEMBRE.

hemos hecho constantemente, les demos una descripción de esta fiesta; pero nos es imposible complacerlos esta vez: no asistimos á ella; y no asistimos porque no nos alcanzó la honra ni la dicha de ser invitados: no fuimos ni de los escogidos ni de los llamados, aunque en rigor aquí los llamados eran los escogidos. Comámonos pues, como el mozo del cuento, nuestro pan seco al olor del guiso que no nos estaba destinado, y demos nuestra revista sin esta salsa, puesto que al cabo LA MODA, á pesar de su estensísima circulación, no tiene el alto honor de pertenecer á la prensa política, que es la única importante, la única digna de que se la atienda, se la considere y hasta se la mime.

Pero ya que no podemos hablar de la expedición ferro-carrilesca, hablemos de la corrida de novillos, que todo es correr.

Ha un mes poco mas ó menos que varios jóvenes, pertenecientes en lo general al comercio, concibieron el pensamiento de divertirse y de obsequiar á sus amigos con algunas lidias de novillos, haciendo formar al efecto una pequeña plaza en el picadero del campo del Balon. No habia en ellos otras aspiraciones mas altas, ni por lo tanto daban otra importancia á aquel rato sino el que pudieran á un mero pasatiempo; pero aun así y todo lo que principió por nada tiende ya á ser algo, y si el primer dia difícilmente podian habérselas con animalitos estropeados y sin fuerzas, ya hoy, con algun poco de mas práctica y mayor aplomo, hacen cara á novillos mas enteros y de mas empuje, si bien no fuera prudente permitir, y por tanto no se permite, que un mero solaz llegase á convertirse en riesgo verdadero, máxime cuando aquellos jóvenes no han tenido antes de ahora deseos ni ocasión de aprender lo que tanto y tan rudo aprendizaje necesita.

La concurrencia que asiste á estos espectáculos es tan numerosa como permite el local, y acaso mas; pero este público interior es lo de menos comparado con el público exterior que desde las azoteas inmediatas, desde otras mas lejanas, desde lo alto de los tejados, hasta desde las piedras salientes del muro del juego del Balon, presencia la corrida acomodándose, ó mejor dicho, desacomodándose como y donde cada cual puede, sin que les arre-



dren las molestias del sitio ni el sol que de primera mano reciben. De esta manera lo que puede haber de reducido en el convite queda compensado abundantemente con lo que fuera de él ofrecen las localidades inmediatas.

Varios diestros de oficio, todos de reconocida habilidad y competencia en el arte, dirigen la inesperienza de los jóvenes aficionados, siendo cada una de las suertes una especie de lección práctica. Lidianse por lo comun cuatro novillos, y toreadores y público salen de allí contentos y satisfechos.

Al terminar el espectáculo la ilusión es casi completa, aunque en harta menor escala. El gentío que al salir del picadero y demás edificios se confunde con aquella parte no leve de él que asedia las puertas y quiere penetrar con sus ojos al través de los muros del improvisado circo, encombrea las avenidas todas y se derrama por el campo del Balón, como allá en los tiempos en que estaba en pie la ya hoy desmantelada plaza, teatro de las glorias de Paquiro y de Cúchares. Circulan los carruajes en gran número; guardias civiles á caballo, municipales, policía, conservan solícitos el orden, allí por otra parte jamás turbado; los avellaneros pregonan su mercancía; las calesas atraviesan por entre la multitud conduciendo á los lidiadores; los últimos ecos de la música aun no se han apagado, y todavía resuenan en los oídos al par de los sonos de las trompetas municipales que han dado la señal de las suertes; en suma aquello, aunque en pequeño, es un símil bastante fiel de una verdadera corrida de toros con sus dos caracteres especiales, la animación y la visualidad.

Pero pasemos del arte de la destreza á las artes del ingenio, de las banderillas á la poesía, de los pases de muleta á las corcheas, de los novillos al Ateneo: *Cœdant arma togæ*, que dijo el poeta.

Este bellissimo establecimiento, menos apreciado por los propios de lo que lo es por los extraños, en vez de decaecer, como por muchos se temía, ha cobrado nuevos alientos, de los que acaba de dar notables muestras en las sesiones del verano que termina. Su magnífico salón de espectáculos, sus graciosas galerías, su lindo jardín iluminado con vasos de colores, ha atraído allí la flor de los forasteros que han honrado nuestra población durante los pasados meses, admirándose de ver que Cádiz desconozca ó dé poco valor en lo general á la belleza de aquel sitio, toda vez que no posee otro que ni con mucho reúna tan especiales condiciones para el desahogo y solaz de los concurrentes.

No han sido estos pocos en verdad durante las funciones del verano, tiempo nada propio para ellas. Ni por su número ni por su clase han dejado que desear al mas descontentadizo; pero importa robustecer este establecimiento, para que los vaivenes del capricho no lleguen á afectar su marcha y á entorpecer el mecanismo de su bien entendida organización actual; ventajas que en grandísima parte son debidas al incansable celo, enérgica fuerza de voluntad y elevada inteligencia de su digno presidente el Sr. D. Miguel Ayllon y Altolaguirre, que ha sabido con esquisito tacto reunir los dis-

persos elementos del estinguido Liceo, y amalgamándolos con otros nuevos ha logrado utilizarlos en pro del Ateneo que creó y que con aplauso universal dirige.

Los cuadernos que se publican despues de cada una de las sesiones públicas, son la historia de los adelantos de aquel establecimiento. El público puede juzgarlos.

Hoy ya se honran con el título de socios suyos personas ilustres en las letras, ora encanecidas bajo los laureles, ora brillantes de porvenir. El Excmo. Sr. Duque de Rivas, los Sres. Ferrer de Couto, Dacarrete, Estrella, Pardo Figueroa y otros tan dignos como ellos han aceptado con gratitud sincera este homenaje tributado por el Ateneo á la ilustración y al talento.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Por justas consideraciones insertamos á continuación un artículo en que se contesta al que bajo el epígrafe *Crítica* se insertó en nuestro anterior número.

Tanto este como aquel nos han sido remitidos. El uno está firmado por su autor: la redacción ha sido enteramente ajena al otro, anónimo. No es ni ha sido por tanto cuestion de este periódico, el cual solo cediendo á compromisos sociales se prestó á dar lugar al primer artículo, á la crítica de este y á la actual refutación. Las apreciaciones que ellas contengan pertenecen esclusivamente á sus autores. La *Moda* nada acepta ni de nada responde moralmente.

Por lo mismo declara que no admitirá ningun otro remitido que se refiera á la polémica con esta ocasion suscitada.

## A FRAY GENIALIDADES

### CARTA O LO QUE SEA.

...á Madrid la republique des lettres  
était celle des loups, toujours armés  
les uns contre les autres—

(BEAUMARCHAIS.)

Al respetabilísimo lector—

Digo: que *Ellas y ellos* es un cuento, que la *Moda* del 21 del pasado insertó: tal fué su santísima voluntad.

Añado, que puso á la del pasado la *Moda* del 18 del presente, como á ropa de pascua: tal fue su voluntad santísima.

Concluyo, que la *Moda* de hoy saca la cara por la del 21 contra la del 18....

Esto es edificante, y sobre todo divertidísimo.

El Sr. Director de la *Moda* declara bajo su palabra que ha sido sorprendida su buena fé, y siendo así.... no hay mas que hablar.

*Fray Genialidades*.—¡Cómo qué!... Aquí estoy yo.



*El autor del cuento.*—Perdone V. por Dios hermano: V. no es nadie.

*Aquel.*—Yo soy Pedro...

*Este.*—V. es la carabina de Ambrosio: voy sin embargo á contestar por respetos al público, no á usted: usted es un desventurado, á quien yo desprecio altamente.

Pero pasemos adelante.

Oído, hermano!

# I.

¿Con que no le gusta á vuestra reverencia mi artículo? ¡Vaya! ¡cuántísimo lo siento yo, que lo había escrito para usted, solo para usted, y con la mejor intención del mundo! ¡Lo que son las cosas humanas!... Hubiéralo sabido y callárame, ahorrando un disgusto á mi reverendísimo padre: por mi vida le juro no escribir de hoy mas una línea, que no consulte con él.—¿Dónde vive usted? ¿cómo se llama usted? ¿á qué sexo pertenece usted? Quítese por Dios vuestra reverencia esa capucha, diga quien es, hable claro, que quiero hacerle una visita y hasta pedirle de parte de cierta landre de literatos un pedazo de sentido comun, si alguno tiene.—¿Por qué se tapa vuestra reverencia la cara? ¿Es hembra ó varón su reverencia? Hembra parece, no solo por aquello de taparse el palmito, sino por lo que defiende á las hembras.... Y ahora caigo en el por qué de no gustarle á usted mi cuento: sin duda que se ruborizó al leer aquella descripción *tan animada*, lo de los *pantalones* y la *camisa*, lo de las *nacidas son así*, lo... Pero su reverencia, si no es primo hermano del hidalgo Quijada, debe ser un ignoranton de siete suelas.—¿No ha leído su reverencia á Fernando de Rojas, á Mendoza, Mateo Alemán y tantos otros ilustres, que así nos enseñaron la flaqueza humana sin velo, tal como es sin hipocresía? Si se ruboriza de ver á Juan, no ya *desnudo*.. (*aquí sí que subrayó V. con intención*), sino en traje de baño, qué de insultos no le darán al leer la *Celestina*? ¿Qué hacer con la *Celestina*, *scelestina*, como dice Venegas; *nequitiarum parens*, *carcer amorum*, que la llama Vives? ¿Qué con el redomado, el pícaro Guzman de Alfarache? ¿Qué con aquel *lazarillo*, que tan revuelto anduvo con la inquisición? ¡Ah! ¡ah! ¿Estará seguro el mismo Cervantes? ¿Y los que le siguieron, romancistas tan procaces, que ni á la religion dejaron quieta? ¿Y Quevedo? ¿qué hacer con el pobrecito Quevedo? Y la misma santa Biblia, que V. cita sin conocerla, dígame: ¿qué hacer con la Biblia? Si vuestra reverencia hubiera leído.... los libros de Ruth y Esther por no citar otros, necesitaria muchas santas uniones para purgar su alma y su cuerpo pecador.

Pero no; no es eso lo que le ha disgustado á V., que el cuento, gracias á Dios, si algo quiere decir, dice que *ellas* son mejores de lo que *ellos* pregonan, y dan mas al amor y menos al interés, lo cual, peor ó mejor dicho, defiende que no ofende al sexo de vuestra reverencia, dado que sea el sexo bello.

Veo que su reverencia picada... ó picado, levanta

la capucha y enseña un poco de bigote rubio y una cara de recluta, que no hay tambor de batallón que la iguale.

¡Vaya! me alegro de que parezca V. hombre, que así podrá como Juan, ser *pretendiente de alguna rica heredera*, y sobre todo, antes de bigotudo habrá V. sido imberbe y chico antes, con lo que sus padres no dejarían de mandarle á la escuela y al instituto ó *seminario*, para que asombrase al mundo con ese talentazo que Dios le ha dado y lo divirtiese con esa gracia, que no hay payaso de sainete que no la envidie.

Allí sin duda aprendió V., que para *atildarse* hay que tener letras en la cara (*esto debió de valerle á V. el premio gordo*); el buen uso del *toma y daca*, el malísimo del *presentable*, y del *andó*, y del *subió arriba*.... con otros muchos conocimientos estupendos, que harán su fama mayor que la de aquel obispo de Avila que llamaban el *Tostado*.

Sin duda le diría á V. su maestro que *atildar* es poner tildes á las letras, y algo mas y aun algunos; pero; que *atildarse*, verbo recíproco, es *componerse, adornarse*. Y así, á tener á mano mi cuento, hubiera dicho el maestro: v. g., *Juan vistióse, atildóse*.

Diríale tambien, que *toma por allí y daca por aquí* se dice perfectamente de una persona que vá á la cola de otra, haciendo *eses* ó no haciéndolas, pendiente de su paso: á tener á mano mi cuento, el maestro hubiera dicho: por ejemplo, *Juan detrás de Pepita*.

Item: le diría á V., padre reverendísimo, que *presentable* es con efecto una palabra nueva, pero bien adoptada dentro del tipo, de la fuente é índole de la lengua; que estas libertades en la lengua siendo prudentes, son útiles (*dabiturque licentia sumta prudenter*, dice Horacio); y que por estas y otras razones que V. sabrá, y si no las sabe apréndalas, ha obrado como bueno Dominguez al poner aquella palabra en su diccionario, que algunos pocos necios, como mi señor crítico, tildan de afrancesado.

Otrosi le diría, muy ageno el tal maestro de que iba á sacar tal discípulo, que *subir arriba* (*es decir, subir á lo mas alto*) se dice, como se dicen otros muchos *modismos*, como se dicen tambien *ver con los propios ojos* y otras mil locuciones análogas; pues que no se han de suprimir el pleonasmo y demás figuras, porque se le antoje á un figuron, como usted.

Por lo visto tambien aprendió V. á decir *anduvo*: dóile por ello, dóime á mí, doy á la España la mas completa enhorabuena. Aprendilo yo, como V., y así fué que tuve buen cuidado de deslizar de buenas á primeras en el censurado párrafo un *Juan anduvo*, como un templo. El decir *andó* tres veces consulta á la cadencia, á la eufonía de la frase, y por eso lo dije yo apoyándome en un provincialismo que es comun á toda la Castilla Vieja, sin exceptuar su cultísima capital, y aun á parte de la Nueva y de las provincias hermanas: era achaque de mi maestro, que es uno de los mejores fi-



lólogos de España, el decimos que los provincianismos no siempre son malos, que deben respetarse cuando son de uso *general*, pues que el uso, como dice el autor de la carta á los hijos de Pison, *penes arbitrium est, et jus, et norma loquendi*

Supongo, hermano, y basta ya de suponer, que allá en la escuela recitaria V. ¡y cómo no! la *profecía del Tajo*, donde habla un río: digo esto para que salga V. del error en que está creyendo que soy yo el primero que hace hablar á los inanimados, á la manera que Esopo fué el *primerito* que hizo hablar á los animales, como V.... dice.

No se me incomode V. por la Virgen: nadie le mandó meterse en camisa de once varas; pero, ya que se metió y no puede salir, voy á purgar su alma de algunos errores jurídicos y teológicos, pues pudiera morir pecador, que fuera gran lástima, y no quiero yo que se condene un pobre señor como V., de quien casi puede decirse que es una persona decente, y perdóneme Dios.

O *ignoramos*, dice su reverencia con gravedad cómica, *lo que es cuerpo del delito*....

Cierto que *ignora*, reverendísimo padre, mi hermano, lo que es *cuerpo del delito*; porque, si así se llama vulgarmente al instrumento del crimen y como de esas veces á la víctima, en el rigor del derecho, sin embargo, *cuerpo del delito* es su ejecución, su misma realidad, y por ende las señales, los vestigios, que lo comprueben. ¿Y no era una señal, un monumento de su propia falta el mojado *Juan en mangas de camisa*, como su reverencia es señal, monumento, *cuerpo viviente de delito* contra el sentido común?... Ya se vé que sí, y que V.—si es el que yo pienso—debiera recordar mejor lo que aprendió entre los viejos protocolos de su padre: si los protocolos no le sirven á V. de esto, no se apuró por ello; hacerse pueden con su pergamino targetitas para *visitar á mi señora la marquesa*, y lo que no vaya en lágrimas irá en suspiros.

Por lo que hace á la *pieza*, que dá ocasion á su graciosísima reverencia para hacer

- dos admiraciones,
- dos interrogaciones,
- una gracia (*este es el fuerte de V.*),
- otra mas,
- otra tercera (*¡qué fecundidad!*)... digo, que por

lo que hace á la *pieza* de sus pecados, debiera V. recordar que se inhibió el gobernador, que se inhibió el alcalde, que hubo cuando menos dos traslados, cabeza del *pleito criminal*. Aprovecho esta coyuntura para decirle á V. que no solo hay pleitos civiles sino criminales, como no solo hay causas criminales sino civiles: así y todo aquello que V. dice de *causa criminal*, necedad necia, suena muchísimo peor que lo de *pleito*, y mas que esta palabra de sentido lato se aplicaba á un caso que no se llegó á bien definir.

Porque ha de saber usted, padre reverendo, que aun cuando el tercer libro del código (*tengo para mí que, andando el tiempo, V. tendrá que hacer con este señor libro y sus compañeros*) pena á todos los que públicamente ofendiesen el pudor con

acciones y dichos deshonestos, aquí no habia realmente *accion deshonesto*, ya que Juan estaba en traje de baño y presentarse así es cosa que no ofende al público: mas le ofende su reverencia y lo aguanta. Circunstancias accesorias, sin embargo, hicieron ver un conflicto á los municipales y carabineros, que nunca faltan en el *casi establecimiento de baños*, y estos conflictos creo que caen bajo la jurisdiccion de la capitania del puerto.

Como quiera que sea, pude yo suponer, respetando como respeto á las personas y mas si ejercen autoridad, que el alcalde se inhibió contra ley, censurando así *en general* y sin ánimo de ofender á nadie, la que deja el castigo de ciertos *delitos*, que reciben el nombre especial de *faltas*, al juicio de los alcaldes. Por esto, y por lo otro, y lo de mas allá, ocurrir pudiera á la larga que presentase al gobierno un proyecto de nuevo código: si tal hiciese no dejaria de consultarlo con vuestra reverencia, tan entendida....

Pero vuestra reverencia pierde el color, se muerde las uñas, gesticula.... ¡Qué! ¿quiere vuestra reverencia hablar, defenderse? ¿sabe hablar su reverencia?... Pues hable si quiere y sabe, y deje tratamiento á un lado, que yo por mí no le uso sino cuando me hace al caso. Vamos: tiene usted la palabra.

*Usted—(tragando saliva)*—Está muy duro conmigo, hermano: cierto que yo no entiendo de esas cosas que dice, y así Dios me salvé como sin entenderlas hablé; tanta fué la indignacion que me causó su testo de S. Juan....

*Yo.—Zape....* ¿V. lo ha leído? Antes se me ocurre otra pregunta: ¿sabe acaso leer su reverencia? Sospecho que no; pero por si ó por no, y para que de hoy mas pueda hablar su reverencia como un racional, voy á hacerle una cita: así le meteré en la cabeza, ó si no la tiene en cualquiera otra parte del cuerpo, y se lo meteré, como con cuchara, el testo evangélico (1). Lea, hermano, la cita, V. solito, que el lector no lo ha menester.

(1) *Fray Genialidades* ha oído campanas y no sabe donde.

La epístola de S. Juan iba con efecto dirigida á un tal Gayo ó Cayo, segun unos el de Corinto, del que dice S. Pablo que era, *no solamente su huésped, sino el de toda la iglesia*; segun otros el de Derbes en Licaonia, nacido en Tesalónica; segun S. Lucas, era un Gayo Macedónico, discípulo de S. Pablo, que habia venido con él á Efeso. Pero nada de esto hace al caso: el caso es que Gayo ejercia la hospitalidad y la ejercia sin distincion de colores, lo mismo con los *hebreos cristianos* que con los gentiles convertidos: por el contrario, Diotrefes, obispo de la iglesia cuyo era Gayo, los rechazaba y hasta llegó á escomulgar á quien los recibia en su casa y mesa. Es, pues, probable que *esos tales* de la carta no fueran, como dice muy fresco *Fray Genialidades*, peregrinos que habian abandonado su patria perseguidos por su fé: antes creemos que los *tales* fueron judíos convertidos que evangelizaban: así opina la Biblia d'Avignon, magnífica biblia muy superior á todas y mas á la que cita nuestro crítico.—Ahora bien: como habia mucha escision entre los judíos y gentiles conversos, como esta escision, que afectaba hondamente á la iglesia, era fomentada por los mismos que debieran cortarla (como el obispo Diotrefes), S. Juan censura á este y alaba á Gayo reiterándole que recibia bien á los *tales* judíos, *sin prevencion*, dando de



Usted.—Leeréla si puedo.

Yo.—Dios le ayude.

Usted.—Y os castigue á vos, hermano, que citásteis el sagrado testo contra la prohibicion del concilio de citar *ad jo... o... oocumm....*

Yo.—¡A...a...aaaayyy! ¡qué bruto es usted! ¡qué reverendo bruto!.... No me admira esto tanto, ¡qué admirar! sino la frescura con que dice V. *AD JOCUM*, ó sea *para asuntos jocosos (esto, esto es lo que se llama subrayar á tiempo)*. No hay que indignarse, escandalizarse mucho menos, ni anatematizar: tente hermano! Ha sido un *lapsus lingue* ó *pennæ*: el concilio no dice eso, ni el concilio está para usted, que es manjar fuerte para estómagos flacos. Para que se convenza, allá va otra cita, prima hermana de la anterior (1). Llévela con

mano á sus diferencias, acogiendo favorablemente á blancos y negros, para así *cooperar todos al triunfo de la verdad*.

Por todo lo que—

Si, dejando á un lado las *formas*, buenas ó malas, libres ó esclavas, la moral del cuento, el fondo se hubiera recibido *sin prevencion*, con buena fé, buscando una interpretacion favorable y no adversa con intencion dañada, habria ganado la verdad: *ellas, diriamos, dan mucho al amor y poco al interés*. Así debia el desventurado crítico haberlo acogido, favorablemente: *debemus suscipere hujusmodi, ut cooperatores simus veritatis*.—

(1) Es necesario convenir en que nuestro reverendísimo padre tiene un descaro sin ejemplo: otro golpecito como este, otro *ad jocum*, y al divan turco.

Dejémosle caminar allá y mientras echémonos á buscar el *ad jocum* por esos mundos.

Sesion cuarta del sínodo tridentino: plenamente deliberado en esta sesion lo relativo al índice de los sagrados libros, á las tradiciones sagradas, á la interpretacion é impresion del divino testo, quedaba que hablar de otros muchos abusos, ya que los hombres se servian á cada paso de lo sagrado para fines contrarios á su institucion.

Hablaron unos padres de los encantamientos, hechos en nombre de la religion, para hallar tesoros, para satisfacer deseos impuros: otros del abuso grande en invocar el evangelio y santo nombre de Dios, para precaver y curar enfermedades, huir desgracias ó buscar fortuna: quienes de los conjuros á los perros y serpientes, para que no muerdan; á las bestias, para que no dañen los campos; á las tempestades.... etc. etc. Hubo diferencia de opiniones.

Ocurrió semejante debate cuando se habló del abuso que se hacia de la palabra de Dios en los *sortilegios y adivinaciones*: condenóse universalmente su uso en los *pasquines y libelos infamatorios*. Todos los PP. convinieron en que debe ser respetada, respetadísima, la palabra de Dios: *vitanda esset*, dice Pallavicino, *prava consuetudo sacræ Scripturæ MINUS REVERENTER interpretanda*. Si en este sentido hubieramos pecado, retiraríamos nuestras palabras: bastarianos oír una voz autorizada.—Pero vamos adelante con nuestro concilio: convinieron los PP. en que debe ser respetada la divina palabra; dijeron que no debe uno servirse de ella para *alabar* á los hombres, sean príncipes ó prelados; condenaron tanto abuso, tanta supersticion; añadieron, sin embargo, que *tampoco convenia prohibir absolutamente* su aplicacion á las cosas humanas, que en muchas *profanas* podía citarse, aduciendo varios ejemplos.

El cánón se redactó en términos bastante generales, porque acudir uno por uno á toda la muchedumbre de abusos, que se contaron en la congregacion, era imposible. Ahora hé aquí el testo:

„Post hæc... temeritatem illam reprimere volens, quâ ad profana quæque conventuntur, et torquentur verba et sententiæ sacræ scripturæ, ad scurrilia scilicet, fabulosa, vana, adulationes, detractationes, superstitiones, impias et

paciencia, hermano; léala y... no se altere. Yo creí que estaba V. mas acostumbrado á estas palizas!... Mayor se la dí á V. este invierno y no chistó su reverencia; pero... ahora... ¡Jesus, qué miedo!...

Usted.—(tirando los hábitos.) Cállese ó lo ahogo: es V. una calamidad, un perdido... (se oyen silbidos.)

Yo.—¡A...aaaah! ¡Me ha partido V.: ahora sí que está V. en su papel.

Usted.—(crescendo.) Es V. un perdido, un mal dandy (hable la corbata), un abogado de tres al cuarto, un hablador de la academia... (El público silba furiosamente.)

Yo.—Bravo! bravísimo! el autor!

(Arrecia la silba: Fray Genialidades se echa la capucha y desaparece; cae el telón, los espectadores se dispersan....)

## II.

Concluyó el espectáculo.

Ya vé usted, alma de mi alma, que yo no rehuyo la polémica: antes me holgara muy mucho de verle entrar en ella por mejor camino, que yo como humilde que soy amo instruirme, venga la instruccion de este ó del otro, de Manuel ó Pedro; el nombre no importa. Hágalo V. por Dios, suelte de una vez los hábitos, descúbrase, que todos veamos claro: hable, critique, ataque con buenas razones, no con insultos.

No haga como cierto corresponsalito del *Leon Español* que, refiriéndose á unos sencillos apuntes biográficos de la Ristori, publicados en el *Comercio* sin otra pretension que contentar la curiosidad, decia que acerca de esta señora podian decirse cosas estupendas: no lo niego yo, y así estoy que rabio por oír esas cosas. Yo, que soy un pobrecito, no conozco hasta ahora mas que el excelente trabajo, sobre la trágica publicado en la *Revista de las razas latinas*; pero sin duda que el estupendo corresponsal se nos va á descollar con alguna disertacion estúpida sobre la tragedia en sus tres épocas, que no habrá ya sino nombrarle miembro de alguna parte, ó cuando menos, caballero de San Juan ú otro santo, rey ó bajá de tres colas.

Pero volviendo á usted, padre reverendísimo, que no caballero, digo: que debe V. descubrirse; si critica, porque el criticar *bien* no es malo, sino bueno, buenísimo; si insulta, porque insultar con la cara tapada es de cobardes.

Es verdad que yo no atino quien sea V. ni tam-

diabolicas incantationes, divinationes, sortes, libellos etiam famosos; mandat et præcipit, ad tollendam hujusmodi irreverentiam et contemptum, ne de cætero quisquam quomodolibet verba Scripturæ sacræ ad hæc et similia audeat usurpare; ut omnes hujus generis homines temeratores et violatores verbi Dei, juris, et arbitrii pænis per Episcopos coerceantur.

Tal es el testo: véase ahora el que nosotros citamos, su aplicacion, su intencion recta, y no se podrá decir que nos pilla de medio á medio la palabra *scurrilia*.

—Pero, y el *ad jocum*, padre reverendísimo?... Su *ad jocum*, señor: ¿qué es de su *AD JOCUM*?



poco me importa: he supuesto que usted ó ustedes (*V. no es uno, sino dos y mas*) serán de esa landre de literatos, que tan sobrados andan por los *ca-fés y cocinas* de Madrid; siempre anduvieron, hubo siempre literatos gorreros, perdidos y maldicientes, y yo ví su fotografía en la *Vision de Babuco* de Voltaire por no citar otra. ¡Fotografía magnífica!

Tal vez sea V. pariente de esese ñor *grillo*, que no entiende de *qué maneras* pueda espresar el hombre su entusiasmo; cual sea el calificativo propio de las interjecciones, gritos etc.; por que se diga que á una cosa muy alta no se la levanta ya, sino se la busca... etc., etc., etc.

Este insecto, mejor que en morder, hiciera en cantar y cantar bien; y no que con su estilo heterodoxo y sus salidas de tono nos trae á las mientes cierto *Nosotros*, peridiocuelo suicida. *¿Quousque tandem?....*

Tal vez sea V. el *pedante bourgeois*, (en el *bourgeois gana V.*), que se hizo literato por desgracias de familia; tal vez un su amigo con quien tengo *cuentas atrasadas*, tal vez aquel otro á cuyo cargo *deja V. los asuntos de honor*. Si así fuera, podríamos decir con S. Pablo: *infirmi mundi elegit Deus, ut confundat fortia*.

ZACARIAS CASAVAL.

*Al Excmo. Sr. D. Ramon Lopez de Tejada  
y al Sr. D. Juan Pedro Muchada, el 18  
de Setiembre de 1859. (1)*

¡Cádiz! ¡Cádiz y Sevilla!  
tú con trono de azahares,  
tú con torres sin mancilla,  
una, perla de los mares,  
y otra octava maravilla!

Locomotoras ufanas  
van ya en su curso fugaz  
por las tierras sevillanas:  
es el ósculo de paz,  
que se han dado dos hermanas.

Inmortal ósculo seas,  
libre de saña y encono:  
las ferradas chimeneas  
serán las fúnebres téas  
de la inercia y abandono.

Anunciaba un vago acento,  
que á instantes mas se perdía,  
este dichoso momento;  
y si algo mas nos decía,

(1) Versos leídos en la casa Lonja de Sevilla, en el acto de solemnizarse la llegada del primer tren del ferro-carril desde el Trocadero á Sevilla.

volaba en alas del viento.

¡Mil veces felice suerte!  
tarde, cuya luz vá estinta!  
¿quién pudiera detenerte?  
Por negra y triste, la muerte  
solo nos deja la tinta.

La tinta, con que escribamos  
las venturas que logremos;  
mas mejor al pueblo hablamos  
en la vida que le damos  
tras la vida que perdemos.

Corren, cual siempre solían,  
arroyos que no podían  
siglos y siglos secar:  
son los suspiros que envían  
nuestras tierras á la mar.

Ya cual arroyos correis,  
máquinas que así volais:  
en vosotras llevareis  
la ventura que dareis  
con los bienes que guardais.

Patria, que espera, tal suerte,  
¡dichoso yo, si en la muerte,  
ya que no ha de perdonarme  
la losa que ha de encerrarme  
fuera un cristal para verte!

Y vosotros que habeis sido  
los que dais la confianza  
de un bien que negó el olvido,  
que á la voz de la esperanza  
alguna vez tiene oído,

Gozad la gloria, gozad,  
que bien teneis merecida,  
en ésta y en otra edad:  
¿qué mayor gloria en la vida,  
que dar la felicidad?

ADOLFO DE CASTRO.

## LA EMIGRACION A AMERICA.

La emigracion que todos los años verifica un gran número de los sencillos hijos del litoral cantábrico al otro lado de los mares, ha levantado sentidos clamores por parte de la prensa de nuestro país y por la de los mismos á donde van á buscar aquellos una riqueza ilusoria, para encontrar la mas amarga de las realidades; la realidad de la desesperacion.



Y es en efecto triste, muy triste, ver á un crecido número de nuestros compatriotas, adolescentes los unos, robustos jóvenes los otros, hombres ya algunos, lanzarse en brazos del acaso, con la sonrisa del que desconoce el peligro y despedirse de la tierra natal como de una amiga á quien en breve deben dedicar ya tranquilamente su profundo amor.

Es necesario haber presenciado el desgarrador espectáculo que ofrecen estas emigraciones en masa, para sentir toda la lástima que inspiran. La alegría que revela el rostro de los que emigran hace mas daño á los que los ven alejarse que el que les pudiera producir sus lágrimas, porque al través de aquella alegría ven la realizacion de un triste destino.

Cuando pensamos en el número inmenso de esos infelices que han muerto en nuestras posesiones de ultramar, unos bajo la terrible influencia del clima, otros bajo las pesadas faenas que los alimentaban, los mas abandonados á su aislamiento, á su desesperacion y su dolor, parecenos que la Providencia ha querido castigar con un censo fúnebre las hazañas de nuestros conquistadores en aquellos países vírgenes, y como flotantes en medio de remotos mares.

No hay buque que anuncie un viaje á cualquier punto de América, que no vea inmediatamente cubierto el local que destina al pasaje. Los pueblos y las aldeas cercanas al puerto donde se fleta se ponen en movimiento: niños apenas salidos de la infancia, caminan luego rodeados de su familia, cuando el buque está pronto á darse á la vela, al puerto, para esperar el *viento favorable*. Sus padres han vivido penosamente para proporcionarles el dispendio del viaje; y esperan que el hijo querido de sus entrañas, vuelva al hogar doméstico, cuando sus cansados brazos no puedan empuñar el arado, para sostenerlos con sus ahorros. Ellos mismos se consuelan del sacrificio, con el ejemplo de alguno que otro *Indiano* que reedifica el hogar de sus padres y se hace propietario de las tierras que regaron con el sudor de sus frentes que dota á sus hermanas. ¡Infelices! ¡No ven que el ejemplo es una escepcion! Fascinado por la ilusion no cuenta los que *han ido* y murieron alejados de las caricias paternales! ¡Ellos no ven que esos pocos que vuelven, como los náufragos cansados de luchar con las olas, apenas tocan la orilla para morir. El trabajo ha encorvado su cabeza y secado sus mejillas, los consume la tisis y muchas veces no legan á los brazos de sus ancianos padres mas que un cadáver.

Y no queremos hablar aquí de los casos de ingratitud que el egoismo mercantil deslie en los corazones de los que vuelven: ni de los padres á quienes la muerte priva de estrechar á sus hijos que esperaron un día y otro día. Aun cuando tuvieran probabilidades de verlos regresar á sus hogares, solo su ignorancia podria lanzarlos á causar su infelicidad, abriéndoles nuevas, y para ellos, antes desconocidas necesidades, que suelen ser la ambicion y el tormento de todos sus dias. Pero por desgracia ellos que aman entrañablemente á sus

hijos desconocen el mal que les causan. Las Américas son todavía ante sus ojos aquel Perú tradicional que inundaba de oro las maletas de los aventureros.

Ellos, que viven con las costumbres de sus abuelos no ven el movimiento distinto que los años imprimen en las épocas, y tal vez se imaginan un crimen retener á su lado un hijo á quien pueden con sus sacrificios poner en carrera de ser *rico*, sintesis entre ellos y entre muchos de nosotros, de la suprema felicidad.

Si supiéramos podríamos arrancar del natural uno de los cuadros que tantas veces hemos presenciado con ocasion de estos viajes. Las calles del puerto están plagadas de jóvenes de distintas edades. El traje de tela que visten, los señalan ya como expedicionarios. Como nunca han abandonado por lo regular sus montañas y sus valles, las casas, las calles, los edificios públicos escitan su curiosidad. Sus madres suelen acompañarlos aconsejándoles con fervor, y creemos escusado decir sobre que aconsejan las madres. Sobre el cuello de sus chaquetitas de tela y cruzando sobre su chaleco llevan una cinta de color, de la que pende un escapulario, especie de amuleto sagrado que la mano piadosa de sus madres humedece con sus lágrimas al colocarlo sobre su pecho. Su fé religiosa es tan sincera, tan grande, que con aquella reliquia temerian blasfemar, si pensarán que no habia de preservar á sus hijos de todo peligro.

Nunca podremos olvidar un diálogo que al oírle nos impresionó vivamente. La escena tenia lugar entre una madre y un hijo en la colina que domina á Giron llamada de *Santa Catalina* y desde donde se descubre un horizonte de mar inmenso, y á la sazón algunos buques medio velados, por las brumas. Las olas un poco turbulentas se agitaban contra las rocas salpicando el aire de espuma y produciendo un rumor imponente y monotonó. A cada ola que se henchia para azotar la playa, la madre llevaba instintivamente el brazo á la cintura de su hijo como si temiera, apesar de la gran altura del mar á que se hallaban colocados, que fuera á envolverle. Aquella campesina, jóven todavía, con una espresion cándida, pero dolorosa, en todas sus miradas, en todas sus aptitudes, revelaba un cariño tan grande hácia su hijo, que nos enternecia. Sus ojos amortiguados por el llanto se fijaban de vez en cuando sobre la alborotada superficie del mar, y esclamaba:

—Eso es horrible, horrible! y luego estrechando á su hijo: ¿no es verdad, Domingo, que vás á tener mucho miedo cuando vayas por ahí? Y rompió á llorar.

—No tendré miedo, madre; decia el chico. ¿No sabe V. que sé nadar?

—Sí... pero...

Y no continuó la frase. Sin embargo, se adivinaba; queria decir: la mar es inmensa, y tú eres un niño sin fuerzas y pronto serías devorado por ella!

Inmediatamente aquella sencilla mujer fijó su mirada escudriñadora é impaciente sobre su hijo.

—Y el escapulario? le preguntó con sobresalto.



Domingo se quedó un poco suspenso; se le había olvidado ponerse. Esto le ocasionó algunas severas palabras por parte de su madre, que le dijo al final con cariño:

—Te olvidarás de él otra vez? Ah! cuidado con ello, hijo mio, porque él ha de preservarte de todo. No te olvides jamás de besarlo y de decir *Virgen mia* cuando la tempestad estalle ó te cerque el peligro. La Virgen lo puede todo.

Y al decir estas palabras, su mirada y su continente adquirieron tal expresión de confianza, que no pudimos menos de esclamar con toda la fruición de nuestra alma: "Felices los que creen!"

Pero volvamos á nuestra narración.

El punto donde se ve mas á nuestros jóvenes é inespertos expedicionarios, es en el buque si está en el muelle, ó yendo en lanchas hacia él si está anclado en bahía. Allí se entretienen en trepar por sus jarcias, en visitar el local que les está destinado en la bodega, ó en mirar con curiosidad la cámara por entre sus lucernas. Al fin llega el día de la partida: las voces y los cánticos de los marineros que efectúan las maniobras preliminares, los sollozos de las familias que van á despedir á alguno de sus miembros mas queridos, las protestas, los últimos adioses, hacen de esto un espectáculo triste, aun para aquellos que no toman parte en él. Es imposible dejar de enternecerse al contemplar á un anciano estrechando por última vez á su hijo, á la hermana que besa al hermano, y sobre todo á la madre que desfallece y cae herida por el dolor de la separación. Algunas madres hemos visto internarse en la playa hasta la cintura para dar á sus hijos el último, el mas entrañable de los besos!

Pero el buque leva el ancla, extiende sus velas, la brisa las riza y el timon traza en el agua el principio de esa reluciente línea que se llama *estela* que va á morir al apartado punto del viaje, si antes no la borra la tempestad sepultando al buque entre las olas. Entonces se observa un contraste repugnante: los cantares de los marineros se mezclan á los gemidos de los que se quedan y de los que se van. Sus fisonomías son las únicas en que no se graba el dolor.

Hasta que el buque no se ha perdido en el horizonte, una muchedumbre sombría y silenciosa le contempla desde la playa. La meditación los embarga; y todos al posar en lontananza sus miradas parecen interrogar al destino la suerte que aguarda á los pedazos de su corazón. ¡Cuántas madres con ese triste don del presentimiento que parece haberlas concedido la Providencia, dicen para sí, lo mismo que tan bien ha expresado uno de nuestros mejores poetas:

"Ojos que te vieron ir  
cuando te verán volver."

Entre tanto ellos, los infelices, ven alejarse el país de su infancia, de sus amores, penetrando en horizontes desconocidos que no les despiertan un recuerdo, para entrar despues en el abrasado clima que los espera, ataviada con las galas de la naturaleza pa-

ra brindarles confianza y conducirlos luego á la muerte. ¡Y felices los que la muerte ha privado de conocer mas triste destino! Quizás estos no han tenido lugar de experimentar el abandono y la miseria mas espantosa que aflige á los que sobreviven, y que por lo comun espian sus candidas ilusiones, sentando plaza ó entregándose á las faenas mas duras.

Por lo general no tardan en suspirar por el arado que han abandonado y por la felicidad del hogar doméstico. Es verdad que tambien la industria se lamenta de su ausencia y la humanidad de sus desgracias.

EVARISTO ESCALERA.

### Solucion del geroglífico anterior.

*No hubo quien lo acertara.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

